

Gema Samaro



Eres
de otra
galaxia

ERES DE OTRA GALAXIA GEMA SAMARO

—

©Gema Samaro

Marzo 2017

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño de portada: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son ficticios, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

ÍNDICE

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

¿Y si alguien apareciera en tu vida de repente, como caído del cielo, pero caído de verdad?

Isabel vive centrada en su bombonería y en los suyos, no tiene tiempo ni ganas para el amor, hasta que una noche alguien venido de muy lejos, no imagina cuánto, irrumpe en su vida de repente...

Lucas es de otra galaxia, original, diferente, espontáneo, aventurero, sexy y lo tiene clarísimo: acaba de caer en el jardín de la chica de sus sueños para hacerla feliz.

Pero la chica lo único que quiere es que ese tío raro y cañón que ha aparecido de la nada, vuelva por donde ha venido y que todo sea como antes...

Como si algo pudiera ser como antes, después de Lucas...

Eres de otra galaxia es una comedia romántica y loca, protagonizada por una chica que, aunque cree que lo sabe todo sobre los bombones, todavía le queda uno por conocer. Tal vez el mejor...

Gema Samaro es licenciada en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y Especialista Universitaria en Realización de Guiones por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complu-

tense de Madrid. Ha ganado varios premios literarios entre ellos el Margarita Xirgú de Guiones de RNE-REE, el XVIII Certamen Literario Internacional Dulcinea, el premio Internacional de Novela Romántica de Seseña y también ha sido finalista del premio HQÑ de novela romántica.

Capítulo 1

Eran las cuatro de la mañana y a Isabel la despertó un estruendo, como si al viejo pino del jardín le hubiera alcanzado un rayo y lo hubieran abierto en canal.

Pero no llovía, tan solo soplaba un viento infernal que, como comprobó a través de los visillos de la ventana, el árbol soportaba tan altivo como siempre.

—¿Qué ha sido ese estrépito? ¡Ha sonado como si se hubiera caído del cielo una albóndiga gigante de latón! —comentó preocupada la abuela Berta, una mujer de ochenta y dos años, alta, espigada y elegante, que de pronto apareció en la puerta del dormitorio de Isabel, con la cabeza canosa llena de rulos, una bata de estampado de leopardo y con Chicho, un mastín leonés que llevaba del susto el rabo entre las piernas, escondido detrás de ella.

—¿Albóndiga gigante? ¡Anda que no tienes imaginación! Pensé que había sido el pino, pero ahí sigue plantado... —respondió Isabel, con la vista puesta en la ventana.

Isabel era una chica menuda, morena, de enigmáticos ojos de color avellana, nariz respingona y sonrisa enorme que acababa de cumplir veintiocho años la semana anterior.

—La culpa es de tu abuelo —comentó la abuela situándose a su lado frente a la ventana.

—¿Qué pinta el abuelo? —preguntó extrañada Isabel, mientras acariciaba la cabeza de Chicho para calmarlo.

—Se empeñó en levantar esta casa en mitad de la nada y tarde o temprano tenía que suceder... —susurró la abuela Berta, misteriosa.

La casa estaba enclavada en mitad de la serranía de Cuenca, en un precioso valle entre montañas por el que discurría un arroyuelo...

—¿Suceder el qué? —preguntó Isabel en tanto que el viento golpeaba con fuerza las contraventanas de madera.

—Pues esto... Algo raro en mitad de la noche y ¡estamos solos los tres! ¡Mira que le dije que comprara la casa del pueblo que está frente a la iglesia, rodeada de unas maravillosas cotillas de bien, que dan mucha más confianza y seguridad que la alarma de Prosegur!

—¡Menos mal que no te hizo caso! Me encanta la sensación de estar aislada del mundo, ¡me fascina saber que no hay nadie en dos kilómetros a la redonda! ¡En ningún sitio siento tanta paz como aquí! —exclamó Isabel, ajustándose el cinturón del pijama negro de seda.

—Sobre todo después de escuchar un ruido rarísimo en mitad de la noche... ¡Voy a llamar a la Guardia Civil! —habló la abuela nerviosa, mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo de su bata.

—¿Para qué? El ruido ese ha podido ser cualquier cosa... Todo parece en orden ahí fuera... —comentó Isabel tranquila, echándose la melena ondulada hacia atrás.

—¡Si está negro como boca de lobo! ¡No se ve una mierda! Y mira lo asustado que está Chicho... —dijo la abuela acariciando la cabeza del perro que estaba muy inquieto.

—Chicho se pone así también cuando paso la aspiradora...

—¡Yo jamás le he visto la cara de flipado que tiene ahora mismo! ¡Fíjate qué pupilas, si parece que acaba de salir de un *after*! —Chicho se lamía de los nervios los labios y tenía las orejas hacia atrás—. ¡Este barrunta algo! ¡Yo voy a llamar a Antonio que está de guardia esta noche para que venga a inspeccionar la zona!

—Espera un poco, abuela. ¡No seas exagerada!

—¿Esperar a qué? ¿A que entren a asaltarnos los tipos que viajan dentro de la albóndiga? ¡Voy a llamar a Antonio y vamos a esperarle aferradas a las escopetas! —comentó la abuela Berta mientras marcaba el teléfono de la Guardia Civil—. ¿Antonio? Soy Berta Soto, de la Casa de San Juan, estoy aquí con mi nieta y acabamos de escuchar un sonido muy extraño, así como si se hubiera caído un albondigón de hojalata del cielo...

Antonio, que dormitaba en un sofá desvencijado, se frotó los ojos y masculó:

—¡No me joda, doña Berta!

—¡Madre mía, abuela, qué imagen! Antonio va a pensar que se te ha ido la mano con el anís... —la reprendió su nieta en voz baja.

—¿Qué le pasa a la imagen? —repuso Berta, extrañada.

—Lo pilló, no se preocupe. Me hago una idea perfecta, doña Berta —aclaró Antonio.

—Cuánto me alegra escucharlo porque mi nieta dice que vas a pensar que estoy borrachita.

—¡No, por Dios, doña Berta! Cuénteme... —Antonio se incorporó de un respingo y replicó, entre maravillado y solí-

cito, a pesar de tener un aviso en mitad de la noche—. ¿Cree que se le ha podido caer un OVNI en el jardín?

—¡Cómo se nota que eres fan de Cuarto Milenio, Antoñito! No echas a volar tanto la imaginación, que más bien creo que debe ser un grupo de exmilitares de alguna república rara que deben usar helicópteros del Pleistoceno para asaltar las fincas... Y ya sabes lo que les pasa a esas naves que no pasan unas revisiones como Dios manda. A mí me da que se les ha escacharrado el bicho aquí cerca y, si no han quedado muy perjudicados con el aterrizaje forzoso, deben estar a punto de atacarnos...

—¡Mantenga la calma, doña Berta, que en seguida acudimos a su casa!

—Aquí os esperamos, Antonio, calmadas y abrazadas a las escopetas. ¡Nos vemos!

Doña Berta colgó y su nieta le preguntó preocupada:

—¿Lo de las escopetas va en serio?

—¡Y tanto! ¡Ayúdame a bajarlas del altillo del armario de mi cuarto! —ordenó la abuela con un gesto de la mano para que la siguiera hasta el dormitorio.

Isabel resopló desesperada, mientras se ponía un rebecote gris que tenía a los pies de la cama:

—¡Esto es absurdo! ¡Solo ha sido un ruido que ha podido ser cualquier cosa!

—Exacto. Y como esa cosa puede medir dos metros y plantarse en la casa con pasamontañas y terribles intenciones, no pienso quedarme de brazos cruzados...

La abuela abandonó la habitación con Chicho muerto de miedo detrás y a Isabel no le quedó más remedio que seguir a su abuela, para evitar que se cayera de la silla al bajar las escopetas del armario.

Luego, a regañadientes, se subió a una vieja silla de nogal, abrió el altillo y le pasó a la abuela una escopeta con preocupación:

—¡Madre mía cómo pesa esto! Espero que esté descargada...

—¿Por quién me tomas? —replicó la abuela tomando la escopeta—. ¡Mujer precavida vale por dos! ¡Cógete la otra para ti!

—¿Estás segura de que vas a poder cargar con ella con tu artrosis?

La abuela Berta arrugó el ceño y, desenfundando la escopeta, respondió:

—Tengo más agallas que artrosis.

—Las *pelis* de Tarantino te han trastornado por completo... —replicó Isabel dando un manotazo al aire.

—Deja de parlotear y date prisa que mira el acojone que tiene encima Chicho...

—¡De verte! —soltó Isabel, mientras la abuela quitaba el polvo a la escopeta con un paño y a continuación, la abría de un golpe seco.

—Chicho es muy perceptivo, hay algo ahí fuera que lo tiene muy ansioso... —comentó la abuela mirando a través del tubo con su ojo bueno, o sea con el de solo ocho dioptrías.

Chicho ladró nervioso, como si así quisiera avalar las palabras de su dueña.

—No creo que tanto como la estampa de la abuela pistolera... —comentó Isabel, con sorna.

—Cierra el pico, niña —ordenó Berta al tiempo que sacaba del fondo del cajón, donde guardaba las bragas de cuello vuelto, la caja con los cartuchos.

—Voy a necesitar mucha terapia para asimilar todo esto... —musitó Isabel bajándose de la silla con la escopeta en ristre, mientras la abuela cargaba la suya.

—Tranquila que la estoy cargando con el seguro puesto... ¡Es imposible que te deje trauma!

—Yo no sé usar esto. ¡La mía ni la cargues!

—Trae para acá... —exigió la abuela, cogiendo la escopeta— y déjate de chorradas que no sabemos cuántos tíos pueden viajar en la albóndiga. Y por el funcionamiento de la escopeta ni te preocupes, se manejan como cuando te gusta un chico: cabeza fría, apuntas y disparas...

—Abuela me estás dando miedo, se te está poniendo la cara de Clint Eastwood en *Sin perdón*... —masculló Isabel, a la vez que su abuela cargaba la otra escopeta—. ¿Y estás cargando esa cosa sin gafas?

—Lo podría hacer con los ojos cerrados, fue lo primero que aprendí cuando tu abuelo se empeñó en traerme a este andurrial —respondió la abuela entre dientes, cargando con destreza la escopeta.

—¡En qué hora tuve la feliz idea de que viniéramos a pasar el fin de semana al pueblo! —se lamentó Isabel, mientras Chicho volvía a ladrar, pero esta vez mucho más fuerte.

—¡Desde luego! ¡Yo me lo estoy pasando de lo lindo, de hecho hacía tiempo que...!

La abuela Berta tuvo que dejar la frase suspendida en el aire, porque de pronto sonó el timbre de la puerta con la melodía de *My way* de Frank Sinatra y Chicho ya se puso completamente de los nervios.

—Joder ¿están llamado a la puerta? —preguntó Isabel, gritando por encima de los ladridos de Chicho y la torturante melodía del timbre que se escuchaba a todo volumen.

—No, acabo de poner un viejo vinilo con el poder de mi mente... —ironizó la abuela—. ¡Otra ideíta de tu abuelo! ¡La melodía taladrante para que se escuche el timbre hasta en la habitación del fondo! ¡Qué le vamos a hacer! ¡Pero ya no hay tiempo que perder! ¡Ya están aquí! —exclamó la abuela, entregándole la escopeta cargada a su nieta, y después cogiendo las gafas que estaban encima de la mesilla de noche y poniéndoselas a toda prisa.

—¿Quién? ¿La Guardia Civil? —inquirió Isabel, ansiosa porque así fuera.

—¡Ni que pudieran teletransportarse! ¡No, hija, no! ¡Los de la albóndiga!

—¿Y por qué tienen el dedo pegado al timbre?

—Espera a que les tengamos con la punta de las narices levantada con nuestras escopetas y se lo preguntamos... ¡Vamos para allá! —ordenó la abuela dirigiéndose hacia la puerta.

—Coño, abuela, ¿vamos a abrir a esos tíos?

—Calla y sígueme. Tú también, Chicho, y ladra a toda pastilla, ¡que se enteren los Albóndigas de quién eres!

La abuela recorrió el pasillo con la escopeta en ristre y su nieta y Chicho detrás, ladrando como su dueña le había mandado. Luego, atravesaron el salón y finalmente terminaron en la entrada de la casa donde, de puntillas, se acercaron hasta la puerta y la abuela miró por la mirilla...

—¡Es muy guapo! —susurró Berta al instante, con una sonrisa de oreja a oreja.

Lucas era un joven de unos treinta años, alto, musculado, atractivo, con el cabello de color caramelo, los ojos intensamente verdes, y unos hoyuelos de lo más encantadores que se le marcaban al sonreír. Vestía con una chaqueta ne-